

La Bandera Profesional

Revista de Primera Enseñanza

SE PUBLICA LOS DIAS 1.º, 10 y 20 DE CADA MES

DIRECCION Y REDACCION:
Calle de Alfonso XII, núm. 22.

Toda la correspondencia al Director.
No se devuelven los originales

DIRECTOR PROPIETARIO
Saturnino Rodríguez
Profesor del Instituto y Normales.

COLABORADORES
Todos los señores Maestros que nos
honren con sus escritos.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:
Año, 6 pesetas; Semestre, 3 id.; Trimes-
tre, 2 idem.

PAGO ADELANTADO
ANUNCIOS A PRECIOS CONVENCIONALES
Número suelto: 25 céntimos.

SUMARIO

Asignaturas de la Escuela, por Mariano Martín Co-
frade.—De oposiciones, por Antonio Sanz Naval.
Comentarios y noticias.—Notas de la Sección.—
Correspondencia particular.—Anuncios.

Asignaturas de la Escuela

Cerca de dieciocho años hace que la «Gaceta»
oficial nos aplicó o publicó el programa o lista de las
asignaturas que los Maestros habíamos de desarrollar
en las Escuelas nacionales; no recuerdo si ellas son
catorce o dieciseis, y no puedo precisarlas porque
en este momento no tengo a mano el catálogo ni el cua-
dro de distribución de tiempo y trabajo, y no es cosa
fácil retener la lista en la memoria. ¡Tal es su nú-
mero!

Entre ellas tenemos la de Derecho, Fisiología e
Higiene, Física y Química, Canto.... y no recuerdo si
la de Baile flamenco.

¡Sí; allende los Pirineos se habían oído campanas,
cuyo eco nos trajeron los señores que por cuenta del
Estado hacían y hacen viajes por las Escuelas extran-
jeras donde todo eso tiene gran aceptación y predica-
menta. ¿Por qué no importarlo?

—¿Cuesta ello los cuartos?— preguntó.... la «Ga-
ceta».

—¡Ni un ochavo!

—¡Ah! Pues entonces, ahí os va ese farrago.

Y, ¡qué contrastel, a la vez que el Decreto de 26
de Octubre de 1901 nos soltó ese lavativazo, dejó en
la 6.ª la respectiva 4.ª parte (de los sueldos) que se
destinaba a material. ¿Habría un gran entusiasmo
ante la implantación? ¡Vaya!

En cambio, ya estábamos a tono con el extranjero;
ya teníamos implantado un retumbante (y barato)
programa escolar, ya podíamos competir con las
escuelas de Europa en eso de los Trabajos manuales,
Cantos y demás zarandajas.

—¡Ah, réprobo!—oigo que me replica.... la «Ga-
ceta».

—¡Ah, Maestro retrógrado!—escucho que me
gritan los autores de tantos y tantos libritos de pri-
mera enseñanza aplicados a esa larga lista de que
hago mención.

—¡Ah, reaccionario!—vociferan a coro los de la
industria o ciencia libresca.

Y yo, todo sobrecogido, me asusto..., aunque no
acabe de hacer el gasto de tanto y tanto libraco de
primera enseñanza.

¡Claro que no! Porque todo esé farrago de cono-
cimientos útiles, yo le aplico sin necesidad de tanto
librucho. ¿Cómo? Hombre, eso cada cual bien se lo
sabe; no hace falta explicarlo.

Lo grave del caso está en el acoplamiento que
hemos de hacer cuando en ciertos datos estadísticos
hay que decir las horas y minutos que al cabo de la
semana hemos empleado en torturar las inteligencias
infantiles, ¿verdad?

¡Pardiez cuánta farsa! ¡Y que, necesariamente, ten-
gamos que mentir en beneficio de los pobres niños
que tan cruelemente tratan los autores de la plaga
de libritos de primera enseñanza!

—¿Pero es posible que haya Maestros que tomen
ciertas cosas al pie de la letra? ¿Se tortura así la me-
moria de la niñez? ¿De tan inicuo modo se procura
el surmanaje?

—Sí, señor; y es el caso que legalmente nada se
les puede decir, que los Maestros jóvenes sobre todo,
allá se lo vertían, en la cabeza, a los niños que se
preparaban para los brillantes exámenes que muy en
breve habían de celebrarse en su villorrio de *Pepine-
tes* bajo la presidencia del Sr. Alcalde e islas adya-
centes de la *sapientísima* Junta local de primera
enseñanza.

—¿.....? ¿.....?

—¿Resultados? ¡Anda, brillantísimos, hombre!

Allí, *Manolín*, niño de once años, demostró ante
aquellos doctores que

$$(a + b)^2 \text{ era igual a } a^2 + 2 \times a \times b + b^2;$$

demostración que hizo bostezar más de tres veces al
tío Panoli, de la Comisión; el niño *Periquín* les habló
de los testamentos ológrafos y nuncupativos; *Pedrito
Yepes* les dijo las fórmulas del yoduro potásico y
otros; *Paquillo*, el chico de un concejal, les habló
algo de los suevos, de los vándalos, de los alanos, de
los hunnos y.... de los otros, todo lo cual les hizo
estornudar de miedo.... Y así por el estilo todos los
de las secciones 7.ª y 8.ª

Pero hé aquí que al vocal *tío Pemales* se le ocurre
meter la *pata* exigiendo algunas cosas de las que
«otras veces se daban» y ¡cataplúml, todito lo *des-
compusió* el tío ese.

Y ello dió por resultado práctico que de allí a un
mes casi todos, la mayoría de aquellos chiquillos que
habían llegado al «ahilamiento» físico-agronómico de
la primera enseñanza, daban de cabeza en el turgio
particular que el *tío Pocilga*, barbbero del pueblo,
había abierto con gran contentamiento de la escuela
irracional y bárbara, pero de grato paladar para todos